

Cuadernos del Sur

AÑO 10 N° 18

Diciembre de 1994

Tierra
del Fuego

CASTAÑEDA Y LA IZQUIERDA DE SALÓN

Leopoldo Munera Ruiz

Durante el año que estamos finalizando el libro del sociólogo mexicano Castañeda recorrió toda la geografía de América Latina, los formadores de opinión en todos los países no ahorraron alabanzas, los medios de comunicación masiva lo pusieron a disposición de las fuerzas políticas que hoy aparecen como alternativa al neoliberalismo. Munera Ruiz en un rápido comentario encuentra allí una historia, escrita con cubiertos de plata, de lo que llama la izquierda de salón .

Desde comienzos del siglo XX la aristocracia de la izquierda tiene un puesto bien servido en los grandes salones sociales de las ciudades latinoamericanas. Entre el cotorreo, los hielos del whisky y la buena mesa han nacido partidos políticos y revoluciones, han circulado fortunas, han sido negociadas armas y purgas, han corrido chismes, cabezas y grandes romances.

De México a Río de Janeiro, pasando por Cuba, novelistas, poetas, lagartos, políticos profesionales, profesores universitarios, curas comprometidos, periodistas alternativos, funcionarios de las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, dirigentes guerrilleros o banqueros progresistas, han escrito con cubiertos de plata la página social de la izquierda. Faltaba un cronista que empezara a narrar esa pequeña historia. Con la habilidad literaria del buen periodista, Jorge Castañeda asume esa tarea para ofrecernos una obra amena: *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*.

El título provoca una confusión deliberada, la historia vivida y contada en los salones sociales es presentada como la historia de la izquierda. En las primeras doscientas ochenta páginas, Castañeda logra documentar y hacer síntesis de los hechos y las versiones sobre ellos, que más impresionaron a la aristocracia de la izquierda desde la revolución cubana: la muerte del Che en Bolivia, las finanzas de los Montoneros, el Populismo, la Piñata de los Sandinistas, los conflictos entre los dirigentes del Farabundo Martí, la importancia de las editoriales fundadas por los intelectuales de izquierda, el M 19, los nuevos movimientos sociales,

los vínculos de Cuba con el tráfico de drogas, la caída del muro de Berlín, Sendero Luminoso o el papel que desempeñó Manuel Piñeiro (Barbarroja) como director de inteligencia y de la seguridad cubanas y como encargado de asistir a las revoluciones del continente. Los testimonios de personalidades reconocidas son abundantes y una que otra pequeña biografía nos acercan a personajes que representan prototipos fáciles de reconocer: el luchador incansable que fatigado y desilusionado al final del camino se dedica a sus negocios privados, el radical que nunca llegó a serlo, el editor-intelectual que difundió las obras de Marx y del marxismo. Una historia bien contada y bien pensada, como dice García Márquez, que no abandona el escenario y las anécdotas de los grandes salones.

En una región de coros y corrillos como América Latina, sin duda la izquierda de salón y su idea del pueblo y la revolución han hecho parte de los protagonistas políticos del continente. Sin sus glorias y sus miserias, retratadas con precisión y sin prejuicios por Castañeda, la izquierda no sería tal. Sin embargo, la vanidad de la aristocracia y la trivialidad de las reuniones sociales dejaron por fuera de *La utopía desarmada* a la mayor parte de la izquierda latinoamericana. La que no está de moda y su sola mención es tachada como demagogia populista. La que vive en el campo, los barrios, las fábricas o los talleres; la que enfrenta o enfrentó sin bombos, platillos o exilios la represión cotidiana y el neoliberalismo; la que después de echar bala en el monte y firmar la paz termina desempleada, en la delincuencia común o es asesinada en las esquinas; la que aún no tiene ni tierra ni crédito, ni asistencia técnica; la que no ha adquirido la paciencia de la aristocracia frente al hambre; la que aún oye a Violeta Parra, a Mercedes Sosa o lee a Galeano y Benedetti. Esa izquierda que no conoce ni los grandes salones, ni los inmensos espejos en los que nos miramos los intelectuales, no es ni mejor ni peor que la de salón. Tiene sus propias miserias y sus propias glorias, sus lógicas culturales y sus frustraciones, y desde luego, sus versiones sobre el pasado de la izquierda en América Latina. Versiones muy diferentes a la que nos presenta Castañeda. Historias que figuran dispersas en la memoria de sus protagonistas y en innumerables libros sobre el movimiento obrero, el campesino, el urbano, las comunidades de base o las experiencias de la economía popular. Testimonios que hablan de los cubanos que creen o creyeron en la revolución, y de los sandinistas que no fueron invitados a la piñata. Voces que son una simple y lejana referencia en el libro de Castañeda. Un capítulo perdido entre las anécdotas de un buen conversador ilustrado.

La distinción que hace Castañeda entre la izquierda social (la de los movimientos y organizaciones) y la política (la de los partidos políticos y la guerrilla) no justifica tal olvido. En América Latina los partidos políticos y la guerrilla, con pocas excepciones han vivido y han crecido en medio de los movimientos y organizaciones populares. La historia de una corriente política no puede quedar reducida a una reseña de eventos importantes, matizada con co-

mentarios agudos y testimonios escogidos. La recepción de las ideologías por los actores populares (los intelectuales antiacadémicos perdonarán mi academicismo), la forma como los militantes, los campesinos, los obreros o las madres comunitarias leyeron e interpretaron los textos o panfletos que llegaron a su poder es mucho más rica que la simple diferencia dogmática entre marxistas-leninistas y reformistas. Los mitos, entre ellos el de la revolución, o los símbolos construidos en tantos años de historia de la izquierda exigen un análisis que vaya más allá de la banalización cínica que de ellos se hace en los cócteles sociales. La racionalidad instrumental de los actores populares, ese cálculo de medios y de fines que les permitió sobrevivir a pesar de las condiciones adversas, tiene contenidos más concretos y pragmáticos que los que pueden ser observados a vuelo de pájaro en una conversación informal entre intelectuales que miran de reojo a las ciencias sociales. Las relaciones de poder que han atravesado a la izquierda, los conflictos militares, culturales, políticos o ideológicos, no están limitados a la influencia, mayor o menor, de algunos patriarcas de la política latinoamericana. La historia de la izquierda también pasa por la historia de los movimientos sociales y de las relaciones entre los poderes políticos tradicionales y los sectores populares. En caso contrario con el tiempo puede quedar reducida a una guía para conocer en detalle los chismes más atractivos de la izquierda y sus mejores lugares comunes. Guía indispensable para evitar la desmemoria y el olvido de los lectores, pero que empobrece y simplifica la vida política de América Latina en este siglo.

La segunda parte del libro, las otras doscientas ochenta y seis páginas encierra el mejor compendio de la propuesta política dominante en la izquierda de salón en los últimos años; el postsocialismo, después de la caída del muro de Berlín no queda otra alternativa que el capitalismo. A nombre del pragmatismo y la moderación la alternativa de la izquierda al capitalismo, que desde la primera internacional había sido socialista (libertaria, autoritaria o democrática), ahora es capitalista. Es decir no hay alternativa. Sin decirlo expresamente ahora debemos abrazar la más conservadora y trivial de las tesis contemporáneas: el fin de la historia de Fukuyama. Después del capitalismo, y tras un breve y trágico paso por el socialismo, sólo queda el capitalismo (individualista, con rostro humano o mecánico). A menos que en un nuevo juego de palabras digamos que estamos en el postcapitalismo; con propietarios privados de los medios de producción social, pero post; con obreros asalariados, obreros sobre-expLOTados y un inmenso ejército de reserva, pero post; con cada cosa o valor que nos rodea convertidos en mercancía, pero post; con el capital como amo y señor del mundo, pero en el postcapitalismo. Entramos en la era de los eufemismos.

Una vez que Castañeda acepta el capitalismo como única alternativa, se convierte en el más digno representante de la *izquierda ligia*, una de las vertientes de la izquierda de salón. A partir de un nuevo pacto social, en el que debemos actuar con prudencia para no asustar a los ricos de la región y ellos

deben actuar con generosidad para no alborotar a los pobres (¿será ésta la nueva utopía desarmada?), se nos revelan los secretos que nos conducirán al desarrollo. El primero, reciclado de las más viejas teorías de la modernización, consiste en intentar tomar los elementos positivos del capitalismo con rostro humano de Europa y del capitalismo con rostro mecánico japonés. El segundo, izar la bandera de la democracia para apropiarse de ella.

La alternativa evolucionista, alimentada con gran sentido común y un extraordinario pragmatismo que llega a proponer el aumento de los impuestos a los más ricos, no resiste mucho análisis. Como lo han demostrado hasta la saciedad los críticos de la teorías evolucionistas de la modernización (por ejemplo J. Ph. Peemans) no existe nada más ilusorio que tratar de reproducir las condiciones internacionales, sociales e institucionales que permitieron el desarrollo económico y social de Japón y de Europa Occidental. Sin la amenaza comunista (china o soviética) los Estados Unidos, preocupados por la salud de su propia economía, no están dispuestos a apoyar un nuevo Plan Marshall. Además, el punto de partida para América Latina, que por fortuna no ha tenido colonias que faciliten la acumulación de capital, es muy diferente al de los ejemplos citados. No nos beneficiamos de otros países que produzcan a buenos precios materias primas, no tenemos un movimiento obrero fuerte, ni una burguesía económicamente nacionalista. El actual orden económico internacional no permite pensar que una región como la nuestra entre de lleno en la carrera industrial. Nuestros Estados están en proceso de reducción y no de crecimiento, y para cambiar ese rumbo habría que enfrentar los organismos financieros internacionales con medidas que tendrían todas las características de una revolución. En fin, el sueño de una *izquierda light* de convertir a las capitales de América Latina en algo similar al París de los años ochenta, con Mitterrand incluido, no parece ser una propuesta concreta, ni realizable. Mucho menos, si con ella pretendemos combinar crecimiento económico e igualdad social. Peor aún, si en contra de los replanteamientos contemporáneos sobre el desarrollo intentamos industrializar nuestros países a toda costa pasando por encima de la realidad campesina y del equilibrio ecológico. Las ingenuas fórmulas ambientalistas que menciona Castañeda y la manera deportiva como acoge, sin ningún atisbo de crítica, la tesis del desarrollo sostenido atentan contra la seriedad del libro.

La profundización de la democracia es necesaria después de tantos años de autoritarismo en la izquierda. Sin embargo, no es tan sencillo sacarle el cuerpo a las objeciones que el marxismo le ha hecho a la democracia en el capitalismo. El problema del poder político, como lo recordaba Gramsci, reside en su doble naturaleza, ferina y humana, de la fuerza y el consenso. La guerrilla puso énfasis en la fuerza armada, el reformismo en el consenso, uno y otro negaron su contrario. En ese juego maniqueo Castañeda toma partido por el reformismo. El paso del tipo de democracia imperante en el capitalismo a una más radical con la que sueña la izquierda, siempre choca con el uso de la fuerza por parte de

aquellos que ven amenazado su poder. Volver a pensar la democracia exige volver a pensar las fuerzas armadas (tradicionales o guerrilleras) y el papel de la violencia en el cambio social. En esa dirección poco hemos avanzado, sumidos en el último decenio en un fundamentalismo democrático parecido al vanguardismo de los años 60 y 70.

En contra de lo que propone Castañeda, la alternativa de la izquierda debe pasar por superar la dicotomía de la segunda internacional que polariza la acción política entre la reforma pacífica y la revolución violenta. Esta tesis marxista-leninista es adoptada sin cambios por Castañeda desde el lado opuesto: el reformismo. La izquierda debe dejar atrás la idea que la revolución es la toma violenta del aparato estatal y las pequeñas transformaciones o los cambios parciales simples reformas; así mismo, la imagen contraria que presenta a la reforma como el paso que lleva lentamente a los cambios posibles, y a la revolución como la ruptura violenta que nos lleva a la dictadura. Desde la primera internacional hasta Foucault y Deleuze hay una larga tradición de pensamiento y acción que valora los cambios grandes y pequeños destinados a transformar la estructura de las relaciones sociales dominantes y rechaza aquellos que tras un discurso innovador conservan el *statu quo*. Los postulados marxista-leninista y reformistas son hermanos siameses y se alimentan mutuamente.

Finalmente es obvio, como los dice *La utopía desarmada*, que en el mundo contemporáneo debemos convivir con el mercado; pero el desafío para la izquierda consiste en demostrar que las relaciones sociales tendientes a la colectivización (no a la estatización) de los recursos de una sociedad son una alternativa capaz de filtrar el mercado y superar el capitalismo. Estas experiencias colectivas tienen una larga historia donde son muchos los buenos éxitos, historia que Castañeda olvida de principio a fin.

La utopía desarmada es un excelente manual de la *izquierda light* para desarmar pieza a pieza la utopía socialista. Luego de 566 páginas la conclusión es triste y poco imaginativa: la utopía de la izquierda es el centro moderado, el centro-centro de Felipe González y de Francois Mitterrand, sin la ñapa de los corruptos. ¿Será ése el camino que quiere recorrer la izquierda en América Latina?. ¿Será ésa su utopía desarmada?.

Lovaina, la Nueva. Bélgica, agosto 1994.

INRECOR

Correspondencia de Prensa Internacional
para América Latina